

A modo de dedicatoria

En los años que ha tardado en construirse este libro han velado por él no pocas personas sin saberlo: quienes estuvieron en el cierre de una etapa, finalizada en el anterior poemario publicado en Falsirena, apoyando aquel proyecto y a sus promotores; también aquellos que, con sus propias obras, crearon la parcela fértil donde creció este; quienes me han preguntado sin descanso qué ocurría con mi propia poesía, tras tanto tiempo de estar callada, empujándome a crear en el tiempo en que uno se veía como un poeta en excedencia. Y, por supuesto, quien protagoniza la mayor parte de estos versos en silenciosa compañía. Catorce años después, este libro les debe algo a algunos de ellos de manera más personal. A Juan Antonio González Iglesias le debe su retrato poético de Tomás Moro, que colgué en mi despacho y que releo tan a menudo. A Andrés Trapiello, un ritmo de pensamiento heredado de su obra que me acompaña a trechos. A David Ferrer, su amistad y su obra de siempre. A Manuel Rodríguez la fotografía

de la que fue compañero algún poema de este libro. A José Luis Puerto, su poesía y su amistad duradera. A Juan Martínez de las Rivas, que, sin saberlo, me acompañó a cerrar un ciclo presentando mis *Cuarenta poemas* en su momento. A Elena, que se extrañaba de mi silencio poético. A ellos van dedicados, respectivamente, estos poemas: *La belleza es un don (II)*, *Vía Apia*, *But a musician*, *Kairós*, *Lamparilla de aceite en el día de Todos los Santos*, *La belleza es un don (I)* y *Solo una rosa*.

1

Lamparilla de aceite en el día de todos los santos

Más allá era lo mismo. El mismo
paisaje de figuras y de formas,
pero en otras palabras pronunciado:
el idioma del miedo.
Allí, brillaban árboles, allí
fosforescían las inflorescencias
del padre tras la sombra de los muebles.
Encendimos solo una lamparilla
para honrar a su nombre, una de esas
breves que solo alumbran a su pábilo;
y era su luz tan breve que era sombra
toda ella. Por eso pronunciarnos
en voz baja su nombre, y retemblaba
la llama y el aceite y se encendía
el fósforo del mundo, cuando ya
oscurecía. No nos atrevimos
a cruzar las estancias.
Nunca en aquel día.

Mester de vida

El cielo es seda esta mañana. Aves
escriben un mensaje en otra lengua
y otra caligrafía en ese lienzo.
Como hojas volanderas
la palabra es un truco esta mañana,
prestidigitación y encantamiento.
Trato de perseguir su vuelo con el lápiz
de la memoria y sigo con el dedo
los morfemas del viento, el silabeo
traducido a mi idioma por los pájaros.
La muerte es solo un signo hasta que llega,
dicen en su ideograma. Luego emigran.

Toda esta luz que profetiza

Un día, entre las sombras de los árboles,
en la primavera de abril, temprana,
se mostró a mí. Era relieve apenas,
era una transparencia de las cosas,
un dibujo del mundo desleído,
como —todo era inmensurable y mudo—
si hubiesen diluido la materia
y al trasluz reposara la razón
de cada ser, la proporción del mundo:
los pilares de un árbol, los hilvanes
que mantienen el vuelo de los pájaros,
los contrafuertes de cada montaña.
Lo puro era sencillo y lo sencillo
delicado. Como cristales. Como
el aire que despiden las libélulas.
Como el respirar de los gorriones.
Así es como entendí del otro lado,
de la ribera de la luz y el brillo
que sustenta toda esta opacidad.
Y así os lo cuento.

La belleza es un don (I)

La belleza es un don, le pertenece
a la Gracia. Allá de las montañas,
del esmalte de nieve con que firman
nuestros inviernos sus inviernos todos,
hay un poso de amor, una hebra solo
hilvanada a tu lengua. Y por eso
te escucho en el hogar cuando amanece;
cuando oscurece mi mirada busca
al filo de los astros tu cosecha
de luz,

los balbuceos de la noche,
esbozos de los prados y bosquejos.

Difuminados árboles, bocetos
de las aves. Transitará la voz
por todo sin nombrarte,
belleza de las cosas.

Vino en Caná de Galilea

Traedle solo agua. Él es la tierra,
la arcilla, la roca, la sal, la especia.
Dadle tan solo agua. El tiempo es,
el cambio de las cosas que detecta
la sombra del reloj y las esferas
de los átomos que en lo infinito han
de ser cualquier estado en la materia.
Todo en él es lo idéntico que fluye,
un solo estado de las cosas es,
una naturaleza, agua, vino.

La belleza es un don (II)

La belleza es un don. No existe exenta.
Aletea y arde.

Es a los ojos
amiga y extranjera. Quien la ve
queda rendido, humilde, desvalido
como parva perdida en la ventisca.
Aprende que es el camino sin vuelta
hacia estar solo siempre, es un viaje
de ruina y destrucción. Y sin embargo
has de apreciarla como un don, un don
de quien se esconde en ella. Es la manera
más cruel de invocarte hacia lo alto,
de destrucción previa a la muerte. De
disolución en lo que te es vedado.

Ave que niega la noche

¿Y no callas sin luz, —*noche devoradora*
esta en la que no estás, vocecilla del día?

Y qué haré yo en la noche sino escuchar que
duerme
y saberlo en las ramas, él, por cientos, mirando
este mundo sin él. Yo podría escucharlo,
sus latidos pequeños como abrirse de brotes
a ras de tierra, como un revuelo de pétalos
al aire de la luna.

Trinos que oí, lejanos,
en el soplo de sol de la mañana. Trinos
sin lugar y sin anclas, solo de luz nacidos,
pájaros que llegasteis para negar la noche.